

taba todavía seguro de su triunfo, en atención á que el cuerpo de Artillería permanecía fiel á sus deberes, encerrado en el Parque, y el Gobernador militar, con la de plaza, se habia retirado al castillo de Santa Catalina. En esta situacion, Merelo hizo poner en libertad á D. Ramon Cala y á otros comprometidos en el alzamiento, que se hallaban presos, y envió un emisario al Sr. Topete comunicándole el estado de las cosas en la ciudad.

Cádiz, la masa de la poblacion dormia entre tanto: al amanecer del 19 de Setiembre se despertó alborozada, oyendo los acordes de la música del regimiento de Cantabria, que en los balcones de las Casas Consistoriales tocaba el himno de Riego. Aquello era entonces un motivo de júbilo; un presagio de felicidades, que no se ha cumplido; y los habitantes de Cádiz se lanzaron á las calles dando gritos de alegría y saludando con entusiastas vítores el advenimiento de la nueva era. En aquellos momentos, el general PRIM y el brigadier Topete se acercaban al muelle en uno de los buques, y pudieron oír el clamoreo de la muchedumbre, que con banderas desplegadas al viento, y con bandas de música que tocaban himnos patrióticos, salia de la ciudad á recibirlos.

A las seis de la mañana desembarcaron en Cádiz PRIM y Topete en medio de la multitud entusiasmada, á cuyo frente iba el coronel Merelo; y seguidos y rodeados de toda aquella gente, que los aclamaba con repetidos vivas, se dirigieron al Gobierno civil, á cuyas puertas se agolpó la muchedumbre pidiendo á gritos volver á ver á los héroes de la libertad. El general PRIM tuvo que asomarse repetidas veces al balcon, y dirigir la palabra al pueblo, que no se cansaba de vitorearle.

Al poco rato de su llegada, el brigadier Topete salió del Gobierno civil, acompañado del Mayor de la escuadra y otros oficiales de Marina, y se dirigió al Parque de Artillería con el objeto de atraer á la causa de la revolucion las fuerzas de esta arma; pero el jefe que las mandaba le contestó que se entendiese directamente con el Gobernador militar Sr. Bouligny, á cuyas órdenes se someterian los artilleros, prometiendo no hostilizar entre tanto á los insurrectos. El Sr. Topete marchó entonces al castillo de Santa Catalina, donde fué bien recibido por la oficialidad: allí confirió breve rato con el general Bouligny, quien persuadido de que toda resistencia de su parte, en la situacion en que se hallaba, solo podia producir inútil derramamiento de sangre, resignó el mando bajo condiciones honrosas, en virtud de las cuales el regimiento de Artillería salió de la plaza con todos los honores de la guerra, y se trasladó á la fragata *Almansa*; y el ex-gobernador, después de permanecer

algunas horas en la Comandancia general dejando arreglados los asuntos del servicio, partió libremente para la Carraca.

El general PRIM dirigió aquel mismo día una proclama á los españoles, llamándolos á las armas, y aconsejando la union de todos los liberales bajo la única bandera de la regeneracion de la patria.

“La paciencia de los pueblos, decia, tiene su límite en la degradacion; y la nacion española, que, si á veces ha sido infortunada, no ha dejado de ser grande, no puede continuar llorando resignadamente sus prolongados males sin caer en el envilecimiento...

“Principios bastantes liberales para satisfacer las necesidades del presente, y hombres bastante sensatos para presentir y respetar las aspiraciones del porvenir, hubieran podido conseguir fácilmente, sin sacudidas violentas, la transformacion de nuestro país; pero la persistencia en la arbitrariedad, la obstinacion en el mal y el ahinco en la inmoralidad, que descendiendo desde la cumbre empieza á infiltrarse ya en la organizacion de la sociedad, después de haber emponzoñado la gobernacion del Estado, convirtiendo la Administracion en granjería, la política en mercado, y la justicia en escabel de asombrosos encumbramientos, han hecho desgraciadamente tardías é imposibles tan saludables concesiones, y han acumulado la tempestad que, al desgajarse hoy, *arrastrará en su camino los diques que han sido hasta aquí obstáculo insuperable á la marcha lenta, pero progresiva, que constituye la vida de los pueblos*, y que han aislado á la España en el movimiento general de las naciones civilizadas del globo... „

Más adelante decia :

“Destruir en medio del estruendo los obstáculos que sistemáticamente se oponen á la prosperidad de los pueblos, es la mision de las revoluciones armadas; pero edificar en medio de la calma y de la reflexion, es el fin que deben proponerse las naciones que quieren conquistar con su valor su soberanía, y saben hacerse dignas de ella conservándola con su prudencia.

“Destruyamos, pues, súbitamente lo que el tiempo y el progreso debieron paso á paso transformar; *pero sin aventurar por de pronto soluciones, que eventuales circunstancias pueden hacer irrealizables en el porvenir, y sin prejuzgar cuestiones que, debilitando la accion del combate, menoscabarian la soberanía de la nacion*. Y cuando la calma renazca, y la reflexion sustituya á la fuerza, los partidos podrán desplegar sin peligro sus banderas, y el pueblo, en uso de su soberanía, podrá constituirse como lo

juzgue conveniente, buscando para ello en el sufragio universal todas las garantías que á la conquista de sus libertades y al goce de sus derechos crea necesarias.»

Añadia luego el general PRIM, que no hablaba sólo en su nombre, sino tambien en nombre de los generales Serrano y Dulce, los cuales, si no se hallaban ya como él entre los iniciadores del movimiento, era porque sin duda un accidente de mar habia retardado su llegada, y concluia la proclama con estas frases enérgicas:

“¡Españoles, militares y paisanos! ¡La pátria necesita de nuestros esfuerzos! No desoigamos el grito de la pátria, voz doliente del sufrimiento de nuestros padres, de nuestras esposas, de nuestros hijos y de nuestros hermanos. Corramos presurosos al combate sin reparar en las armas de que podamos disponer; que todas son buenas cuando la honra de la pátria las impulsa, y conquistemos de nuevo nuestras escarnecidas libertades; recuperemos la proverbial altivez de nuestro antiguo carácter; alcancemos otra vez la estimacion y el respeto de las naciones extranjeras, y volvamos, en fin, á ser dignos hijos de la noble España.—Españoles: ¡Viva la libertad! ¡viva la soberanía nacional!„

Mientras la anterior proclama se imprimia y comenzaba á circular por las calles de Cádiz, iban llegando á esta ciudad noticias del pronunciamiento de varias poblaciones, y el general PRIM se ocupaba en elegir una Junta provisional de gobierno, que atendiese á los servicios más urgentes, á la administracion local, y á la organizacion de la provincia, de acuerdo con las juntas de distrito: puso al frente de ella al Sr. Topete, y de su nombramiento dió cuenta al público por medio de otra proclama dirigida á los gaditanos, la cual lleva la fecha del Domingo 20 de Setiembre.

Ya en la tarde del 19 se habia sublevado la guarnicion de Sevilla con el general Izquierdo á la cabeza; y casi á la misma hora que esto acontecia se presentó á la vista de Cádiz el vapor *Buenaventura*, en el que regresaban á España los generales Serrano, Dulce y demás procedentes de Canarias. Aquel buque habia hecho su viaje de ida y vuelta y cumplido su delicada mision con gran riesgo, pero sin contratiempo alguno. El dia 12 de Setiembre se hallaba costeando la isla de Tenerife en frente de Orotava; mas como su presencia en aquellas aguas podia hacerle sospechoso, y era menester prevenir al general Dulce, que se hallaba enfermo en las inmediaciones de la capital de la isla, el Duque de la Torre envió un emisario al capitán Lagier diciéndole que se retirase y no volviese hasta el Lunes 14 á media noche, hora en que los desterrados saldrian á buscarle en una barca.

El *Buenaventura* se retiró en efecto, yendo á recalar á un puerto insignificante de

la Gomera, donde aguardó, so pretexto de avería, y se repuso de agua y víveres, regresando á las costas de Orotava en la noche del 14. La oscuridad era tan densa, que impedía descubrir la rada; por lo cual estuvo el buque muy expuesto á perderse; pues devorado su capitan por la impaciencia, lo acercó á tierra de modo que se oían las rompientes del mar en las vecinas rocas. A todo esto habia pasado la hora de la cita; era ya la una y media de la madrugada, y por ninguna parte se veía la barca en que debían venir los generales. Por fin se divisó á lo lejos una luz, que parecía flotar sobre las olas; y dirigiéndose hácia ella el *Buenaventura*, no tardó en alcanzarla y en recibir á bordo al Duque de la Torre y á sus compañeros. Inmediatamente hizo rumbo el vapor hácia la Gran Canaria; y habiendo dado vista el dia 15 al puerto de Las Palmas, donde ya era esperado, aguardó hasta la noche. Los generales Serrano Bedoya, Caballero de Rodas y otros amigos, que estaban oportunamente prevenidos, acudieron á tiempo, y se embarcaron sin dificultad.

Con vientos contrarios y mar gruesa puso la proa el *Buenaventura* en direccion á España aquella misma noche; y haciendo fuerza de máquina, se halló enfrente de Cádiz el 19 á mediodía; pero como los expedicionarios ignoraban el pronunciamiento de la escuadra, y á tales horas no podían ver en esta las señales de cohetes, convenidas con el señor Ayala, permanecieron á unas tres leguas al Oeste-Nor-Oeste, hasta que, avisado el brigadier Topete, les envió el vapor *Vulcano*, que se hizo á la mar antes de las cuatro de la tarde: habiendo parlamentado este buque con el *Buenaventura*, y reconocido que en él venía el Duque de la Torre, hízole los honores correspondientes á general en jefe, y después de darse por ambas tripulaciones entusiastas vivas á España y á la libertad, emprendieron los dos vapores la marcha en demanda del puerto, donde entraron al anochecer.

Así terminó el dia 19 de Setiembre de 1868; dia para siempre memorable en la Historia de España; porque estando destinado á iniciar una época de prosperidad y bienandanza, comienza en él la série de las mayores calamidades que ha sufrido esta noble nacion en el presente siglo.

CAPÍTULO VII.

La revolucion de Setiembre.

SUMARIO.—Programa de la revolucion.—Vuelve la corte á San Sebastian.—Dimision del ministerio Gonzalez Brabo.—D. José de la Concha se encarga del Gobierno.—Preparativos y nombramientos militares.—Sublevaciones en Sevilla, Córdoba y otros puntos de Andalucía, Santander y Galicia, Béjar, Alicante y Alcoy.—Sangrientos choques en algunas poblaciones.—Marcha el Duque de la Torre á Sevilla, y el general PRIM se embarca para Cataluña: toca en Málaga y Cartagena.—El Marqués de Novaliches avanza con un cuerpo de ejército contra los sublevados de Andalucía.—Concentracion del ejército llamado *libertador* en Córdoba. Batalla de Alcolea.—Estalla en Madrid la revolucion: saqueo y explosion del Parque de Artillería.—Alzamiento de otras capitales: Búrgos, Logroño, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Valladolid.—Repugnantes desórdenes en estas dos últimas ciudades.—Retirada de la Reina y de la familia real á Francia, y regreso de varios emigrados.—Entrada triunfal del Duque de la Torre en Madrid.—El general PRIM en Barcelona: su llegada á Madrid.—Nombramiento de un Gobierno Provisional.—Los programas y acuerdos de las juntas, discordantes y anárquicos.—Carácter esencial de la revolucion de Setiembre: fuerte para destruir; impotente para edificar.

I.

Apenas desembarcaron en Cádiz los desterrados de Canarias, celebraron una importante conferencia los tres principales caudillos de la revolucion, Serrano, PRIM y Topete, en la cual este último recordó al primero las condiciones con que habia consentido en ponerse al frente de la Marina para iniciar el alzamiento nacional, y los compromisos que tenia contraidos para colocar en el trono español á la infanta doña María Luisa Fernanda; pero, con asombro de Topete, el Duque de la Torre, al igual que el general PRIM, contestó: “que lo primero era vencer, y después se trataria de aquel asunto.”

Esto era lo natural y lógico; y si el brigadier Topete ó el Duque de Montpensier

podieron pensar otra cosa, pecaron de cándidos ó de poco duchos en achaques de revoluciones. "Destruyamos, habia dicho PRIM en su proclama ; pero sin aventurar soluciones, que eventuales circunstancias puedan hacer irrealizables, *y sin prejuzgar cuestiones que, debilitando la accion del combate, menoscabarian la soberanía de la nacion.*"

Cuando se arrojaba del trono á una reina, que lo era por la legitimidad de su origen y por la voluntad nacional sellada con sangre en los campos de batalla, y se la hacia pagar todas las culpas de sus consejeros y allegados, á ella, declarada irresponsable por la Constitucion del Estado; cuando, para llegar á este extremo, se habia minado la fidelidad del Ejército y de la Marina, y se coligaban tres partidos poderosos, cada uno de ellos con aspiraciones distintas y hasta con principios opuestos; cuando se ponía en combustion todo el país, y se despertaban los instintos de independencía, las esperanzas de mejoramiento social y hasta las ideas más ambiciosas y las ilusiones más descabelladas y absurdas, ¿podía decirse á la Nacion que todo aquello era un juego de compadres, una confabulacion de cuatro magnates para dar el cetro á quien mejor les pareciese? No, esto no podia ser; y los mismos que se asociaban para destruir, ignoraban lo que saldria de entre las ruinas, por más que cada cual tuviese su pensamiento preconcebido.

Penetrados de la imposibilidad de prejuzgar cuestion alguna, los tres jefes de la revolucion se juntaron con los demás generales y otras personas, y sin pérdida de momento convinieron en las bases del manifiesto que debian dar al país, cuya redaccion se confió al señor Lopez de Ayala. Este manifiesto, al que impropriamente se llamó *Programa de la revolucion española*, no contenia nada más que vagas generalidades, dichas con vigorosa entonacion y culto estilo, sin otro fin que levantar el espíritu público.

„ESPAÑOLES, decia: La ciudad de Cádiz puesta en armas, con toda su provincia, con la armada anclada en su puerto y todo el departamento marítimo de la Carraca, declara solemnemente que niega su obediencia al Gobierno que reside en Madrid, segura de que es leal intérprete de todos los ciudadanos que, en el dilatado ejercicio de la paciencia, no hayan perdido el sentimiento de la dignidad, y resuelta á no deponer las armas hasta que la nacion recobre su soberanía, manifieste su voluntad y se cumpla.

„Hollada la ley fundamental, convertida siempre antes en celada que en defensa del ciudadano; corrompido el sufragio por la amenaza y el soborno; dependiente la

seguridad individual, no del derecho propio, sino de la irresponsable voluntad de cualquiera de las autoridades; muerto el Municipio; pasto la Administración y la Hacienda de la inmoralidad y del ágio; tiranizada la enseñanza; muda la prensa, y sólo interrumpido el universal silencio por las frecuentes noticias de las nuevas fortunas improvisadas, del nuevo negocio, de la nueva Real orden encaminada á defraudar el Tesoro público; de títulos de Castilla vilmente prodigados; del alto precio, en fin, á que logran su venta la deshonor y el vicio: tal es la España de hoy. Españoles: ¿quién la aborrece tanto que se atreva á exclamar: “Así ha de ser siempre!,”

“No, no será. Ya basta de escándalos.—Desde estas murallas, siempre fieles á nuestra libertad é independencia, depuesto todo interés de partido, atentos sólo al interés general, os llamamos á todos á que seais partícipes de la gloria de realizarlo.”

“No tratamos de deslindar los campos políticos. Nuestra empresa es más alta y más sencilla. Peleamos por la existencia y el decoro.

“Queremos que una legalidad comun, por todos creada, tenga implícito y constante el respeto de todos. Queremos que el encargado de observar la Constitución no sea su enemigo irreconciliable.

“Queremos que las causas que influyan en nuestras supremas resoluciones, las podamos decir en alta voz, delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas; queremos vivir la vida de la honra y de la libertad.

“Queremos que un Gobierno provisional, que represente todas las fuerzas vivas del país, asegure el orden, en tanto que el sufragio universal echa los cimientos de nuestra regeneracion social y política.

“Contamos para realizar nuestro inquebrantable propósito con el concurso de todos los liberales, unánimes y compactos ante el comun peligro; con el apoyo de las clases acomodadas, que no querrán que el fruto de sus sudores siga enriqueciendo la interminable série de agiotistas y favoritos; con los amantes del orden, si quieren verlo establecido sobre las firmísimas bases de la moralidad y del derecho; con los ardientes partidarios de las libertades individuales, cuyas aspiraciones pondremos bajo el amparo de la ley; con el apoyo de los ministros del Altar, interesados antes que nadie en cegar en su origen las fuentes del vicio y del mal ejemplo; con el pueblo todo, y con la aprobacion, en fin, de la Europa entera; pues no es posible que en el consejo de las naciones se haya decretado ni se decrete que España ha de vivir envilecida.”

“Españoles: acudid todos á las armas, único medio de economizar la efusion de sangre, y no olvidéis que en estas circunstancias, en que las poblaciones van sucesivamente ejerciendo el gobierno de sí mismas, dejan escritos en la Historia todos sus instintos y cualidades con caractéres indelebles. Sed, como siempre, valientes y generosos. La única esperanza de nuestros enemigos consiste ya en los excesos á que desean vernos entregados. Desesperémoslos desde el primer momento, manifestando con nuestra conducta que siempre fuimos dignos de la libertad, que tan inícuamente nos han arrebatado.—Acudid á las armas, no con el impulso del encono, siempre funesto; no con la furia de la ira, siempre débil, sino con la solemne y poderosa serenidad con que la Justicia empuña su espada.

“¡Viva España con honra!

“Cádiz, 19 de Setiembre de 1868.—*El Duque de la Torre*.—JUAN PRIM.—*Domingo Dulce*.—*Francisco Serrano Bedoya*.—*Ramon Nouvilas*.—*Rafael Primo de Rivera*.—*Antonio Caballero de Rodas*.—*Juan Topete*.”

Este manifiesto se imprimió en seguida, y al punto salieron emisarios que lo hicieron circular por toda la provincia de Cádiz y las demás de Andalucía: tambien se llevaron ejemplares á Madrid, juntamente con la proclama del general PRIM; y ambos documentos, reproducidos por el *Boletín de la revolucion*, periódico clandestino que habia empezado á publicar el *Comité de los conjurados*, se esparcieron en breve por todos los ámbitos de la Península ¹.

Sin descansar un momento, los caudillos revolucionarios se ocuparon aquella noche y el dia siguiente en aprestar los poderosos elementos de que ya disponian para prevenirse á la lucha y asegurar su triunfo: activaron desde luego el alzamiento de las guarniciones de Ceuta y Algeciras, como importantes llaves del Estrecho; y sabiendo ya que Sevilla estaba pronunciada, resolvió el Duque de la Torre marchar de esta ciudad, mientras el general PRIM, con tres fragatas, debia recorrer las costas del Mediterráneo hasta Cataluña, donde se creyó al principio que seria menester dar batalla á las fuerzas del Gobierno. El señor Topete habia de permanecer en Cádiz al frente de aquella Junta revolucionaria y de la escuadra, para mantener expeditas las comunicaciones con el interior y con el litoral, enviar socorros adonde fuesen necesarios, y asegurar á sus compañeros la retirada en el caso de un descalabro.

¹ Nosotros vimos los dos primeros números de este *Boletín* en un pueblecito de 160 vecinos, situado en las faldas de Montserrat, adonde fueron enviados probablemente por la Junta secreta de Barcelona.

Tomadas estas y otras importantes resoluciones, y antes que fueran puestas en ejecucion, recibió el brigadier Topete una carta del señor Duque de Montpensier, declarándose adherido al movimiento nacional, y pidiéndole un puesto en la escuadra, no como infante de España, sino como español desterrado. Aquella carta fué consultada con los generales insurrectos, quienes opinaron unánimes que no era prudente acceder á los deseos del Duque, y que se le contestase dándole las gracias por su ofrecimiento, pero sin aceptarlo, por oponerse á ello razones de alta política.

No es fácil calcular el efecto que habria producido la presencia del Duque de Montpensier entre los sublevados: sin duda hubiera sido una complicacion gravísima, y un gérmen de discordia entre los elementos heterogéneos, momentánea y accidentalmente unidos para hacer la revolucion, y esto se quiso evitar; pero como la mala fé política, para combatir más adelante la candidatura al trono de aquel personaje, le acusó de flaqueza de ánimo por no haberse presentado al frente del movimiento, debe hacerse constar que lo solicitó desde el primer dia, y que los generales insurrectos rechazaron su oferta.

II.

Volvamos la vista á otros lugares, antes de proseguir narrando la marcha triunfal de la revolucion.

Gran responsabilidad pesa sobre los hombres que componian el Consejo de la Corona en aquellos momentos supremos; pues pudiendo desbaratar los planes revolucionarios, no lo hicieron, y llegada la hora de obrar, se atribularon, abandonando cobardemente un puesto en el que debian morir, ya que oportunamente no se retiraron, si se consideraban incapaces de hacer frente á las circunstancias que veian venir.

El Ministerio, completamente desprestigiado en la opinion, y nada compacto, se habia modificado en sus últimos tiempos, habiendo entrado en Gracia y Justicia don Cárlos María Coronado, y en Ultramar, D. Tomás Rodriguez Rubí. El señor Marfori habia pasado á la Intendencia de Palacio. Continuaban en Gobernacion con la Presidencia, D. Luis Gonzalez Brabo; en Estado, D. Joaquin Roncali; en Guerra, D. Rafael Mayalde; en Hacienda, D. Manuel Orovio; en Fomento, D. Severo

Catalina; y en Marina, D. Martín Belda. De todos estos ministros, solo el señor Roncali permaneció al lado de la Reina hasta el fin, si bien algunos de los demás la acompañaron después en su destierro.

Con mucha anticipación, y en repetidas comunicaciones, el Capitán general de Sevilla, señor Vassallo, había manifestado al Ministro de la Guerra la conveniencia de relevar todas las tropas que guarnecían aquel distrito militar, “por el mucho tiempo que en él estaban, por las relaciones y compromisos que en tan larga permanencia se adquieren, y sobre todo por el trato y relaciones con el Duque de Montpensier, al que el Gobierno había hecho salir de España, con fundamento ó sin él ¹”.

No se llevó á cabo el relevo de los cuerpos, con tanta insistencia pedido; y entre tanto, el Ministro de la Guerra comunicaba al mismo general, que, según se decía, el brigadier Peralta conspiraba en Sevilla y en Cádiz; que Paul y Angulo alistaba gente en Jerez para ayudar en la Carraca á la sublevación de los obreros del Arsenal, con otras noticias por el estilo, á cual más alarmante. “El Gobierno tenía conocimiento anticipado de los compromisos del brigadier Topete y del general Izquierdo; lo tenía del viaje de la goleta *Buenaventura*, y del proyecto de evasión de los generales de la Unión liberal desterrados en Canarias;” presentía el alzamiento de la escuadra en Cádiz, y que una vez realizado allí, se extendería á la Marina de los demás departamentos; recelaba que se hallaban comprometidos en la conspiración algunos de los generales que mandaban importantes distritos militares; supo, en fin, con oportunidad la salida del general PRIM y de otros emigrados de Londres para Gibraltar ó nuestras costas, á pesar del hábil ardid empleado por aquel para mantenerla oculta; “pero el mismo Gobierno daba poca importancia á estas graves noticias, ó sólo las comunicaba por fórmula,” á sus delegados en provincias ².

Llegó el 17 de Setiembre, y los ministros que estaban en Madrid, y los que rodeaban á la Reina en Lequeitio, se sintieron aterrados al primer aviso de la agitación popular que se notaba en Cádiz y su provincia, y de la actitud en que, al parecer, se había colocado la escuadra. Una sola medida de importancia, si bien tardía, se tomó entonces al amago del peligro: el llamamiento á las armas de la primera reserva. Sobrecogida de espanto, la Corte abandonó en seguida las tranquilas

¹ *Un capítulo para la Historia del alzamiento de Sevilla en la tarde del 19 de Setiembre de 1868*, escrito por el Capitán general de aquel distrito, D. Francisco de P. Vassallo.

² EL GENERAL VASSALLO: lugar citado.—*Aclaraciones sobre los sucesos de Setiembre de 1868*, por el Capitán general del Ejército Marqués de la Habana. Publicadas en *La Epoca*, Octubre de 1869.

playas de Lequeitio, embarcándose aquella misma tarde con la Reina y su familia en el vapor *Colon*, que las condujo á San Sebastian.

Todavía se hicieron á Doña Isabel II los honores debidos á su alta dignidad. en la capital de Guipúzcoa: las autoridades locales salieron á recibirla en el muelle; pero ya no hubo festejos. La Reina se hospedó, como la otra vez, en casa de su primo, el infante don Sebastian, y allí empezó á conocer la falsía de los halagos cortesanos y las amarguras del abandono. Pocos, muy pocos de los que la adulaban, le permanecieron fieles en la desgracia; y entre estos pocos no faltaban murmuradores é intrigantes, que hicieran su situacion más afflictiva, poniendo en duda la lealtad de los que sacaban la espada para defenderla.

El 18 por la tarde se supo en San Sebastian la noticia del pronunciamiento de los buques surtos en la bahía de Cádiz. El capitan general D. José Gutierrez de la Concha, marqués de la Habana, que residía en la misma ciudad, se presentó en Palacio á ofrecer sus respetos á la Reina. Salía en aquel momento de la real cámara el presidente del Consejo de Ministros, Gonzalez Brabo, quien, volviendo á entrar, le dijo delante de S. M., que, segun las noticias recibidas, se presentaba una situacion que debia combatirse con la fuerza, y que como no podia por sí mismo disponer de las tropas, habia manifestado á la Reina la conveniencia de que, aceptando su dimision, nombrara un general que se encargase del Gobierno, y que nadie mejor que el Marqués de la Habana podria reemplazarle en aquellos momentos. Sorprendido por tal propuesta, el Marqués contestó que, en circunstancias tan críticas, no era posible formar un Ministerio, y que sólo le era dado ofrecer su espada al servicio de la Reina. Insistiendo en esto, se retiró con el presidente del Consejo, quien acabó de enterarle de la gravedad de la situacion, en una conferencia que en el acto celebraron.

A pesar de todo, el general Concha hizo el inmenso sacrificio de aceptar el poder; pero sin pensamiento alguno político, sin más idea que la de cumplir como militar con los deberes que su posicion le imponia; pues no se le ocultaba que un cambio de Ministerio, aunque lo presidiese el Duque de la Victoria, no detendria en aquellas circunstancias la marcha de la revolucion. En tal concepto, admitió los cargos de presidente del Consejo y ministro de la Guerra; y al aceptar después en nombre de la Reina las dimisiones de los ministros residentes en Madrid, no pensó en reemplazarlos, y solo propuso el nombramiento del de Marina, que recayó en el teniente general de la Armada, don Antonio Estrada. Don Joaquin

Roncali conservó su puesto de ministro de Estado, quedándose cerca de la Reina.

El general don José de la Concha salió para Madrid el 19 de Setiembre: antes de partir, dispuso que marchasen al Ferrol los buques de guerra que habian acompañado á la Corte en Lequeitio y San Sebastian, los cuales fueron allá en efecto, mas á ponerse al servicio de la revolucion; y aconsejó á la Reina que se volviese á la capital de España, creyendo que su presencia en ella podria contribuir á conjurar el peligro. Al pasar por Ávila, el nuevo Ministro encontró al Marqués de Novaliches, que se hallaba retraido de la política, y que se mostró dispuesto á tomar cualquier cargo que se le confiara; y habiéndosele propuesto el mando del ejército de Andalucía, lo aceptó en el acto, con tal decision, que á las pocas horas de estar en Madrid marchó casi solo á ponerse al frente de las fuerzas que debian unírsele por el camino. En Leganés recogió dos batallones, con los cuales tomó el ferrocarril, debiendo agregársele la Guardia civil y la rural que encontrase á su paso, los escuadrones de la Reina, de guarnicion en Ciudad-Real, y los cazadores de Madrid, que habian retrocedido hasta Andújar al saber el pronunciamiento de Córdoba.

Cuando llegó á la capital el Marqués de la Habana, el dia 20, empezó á conocer que la situacion era más grave aun de lo que habia pensado: muy pocos oficiales se le presentaron, y ningun general le ofreció sus servicios: los ministros acudieron á reiterar sus dimisiones, de lo cual aquel no creyó oportuno ocuparse por el momento: el aspecto de la poblacion anunciaba la proximidad de un trastorno general: sabíanse ya los pronunciamientos de Cádiz y de Sevilla; suponíanse los de Algeciras Ceuta y otros puntos, y estas noticias llegaban á los revolucionarios de Madrid por conducto seguro, como que muchos empleados en Telégrafos estaban más á su servicio que al del Gobierno. Para colmo de confusion, el Conde de Cheste habia dejado á Barcelona, sin aguardar á ser relevado por el general Turon, que debia reemplazarle en la Capitanía general de Cataluña, y se le esperaba en Madrid aquella mañana; mas á pesar de todo, no se desalentó el Marqués de la Habana, y desplegando la actividad que exigian las circunstancias, se dedicó exclusivamente á organizar los medios de resistencia: para ello dividió la Península en cuatro grandes departamentos militares, comprendiendo el primero los distritos de Castilla la Nueva y Valencia, bajo el mando en jefe del Capitan general del Ejército Marqués del Duero; el segundo, los de Aragon y Cataluña, á cargo del Conde de Cheste, que no vaciló en volver aquella misma noche al puesto que habia dejado; el tercero abrazaba los distritos de Andalucía y Granada, de que ya era general en jefe el Marqués de